

moderados... Se escuchaba al hablar y admiraba la trabazón y la fluidez de las frases que iba pronunciando. De repente se vió interrumpido por una explosión de cólera. Adriana se había levantado temblorosa.

— ¡Todas esas lindas palabritas me las debiste decir en la Mancienne, antes de arrodillarte á mis pies!... Entonces me hablabas de otro modo; me prometías adoraciones eternas y ternuras cada vez más ardorosas... ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó, retorciéndose las manos. — ¡Y aun no hace seis meses que me jurabas todo eso, y la pasión que iba á ser eterna se ha gastado más pronto que el traje que yo llevaba aquel día!... ¿Me preguntas las quejas que tengo de ti?... ¡Esas son mis quejas! ¡Me has engañado y has mentido!... Si realmente pensabas como hoy piensas, tenías el deber de decírmelo entonces, y no ahora... ¡es indigno!

— ¡Adriana! — murmuró el joven, con acento que pretendía ser paternal. — Te lo suplico; ten juicio; mira las cosas con calma... Entonces, como ahora...

— ¡No! — interrumpió nuevamente la esposa, con gesto desesperado — ¡No insistas!... Déjame, siquiera, pensar que en la Mancienne no

representaste una comedia horrible... Déjame creer que has estado un momento enamorado de mí... ¡Si no creyera en esto sería completísimamente desgraciada!...

Y, al concluir de hablar, los ojos, grandes y sombríos, que hasta entonces habían permanecido enjutos, se le humedecieron; un sollozo le hinchó el pecho y las lágrimas le inundaron las mejillas, mientras que, afuera, el viento y la lluvia azotaban furiosamente los cristales.

Francisco, compadecido, hizo cuanto pudo para calmar aquella tempestad de llanto brusca-mente desencadenada; se aproximó á su mujer, le estrechó con ternura las manos, le habló blandamente — como se habla á los niños para que se duerman — y le repitió en todos los tonos que no lo había entendido bien, y que la amaba siempre, con tanta sinceridad como antaño... En una palabra, hicieron las paces y hubo avenencia; pero, después de las palabras mal sonantes y difíciles de olvidar que se habían cruzado, se perdió en definitiva el encanto de la antigua intimidad. Aun en los momentos más dichosos, sus caricias no volvieron á tener la espontaneidad y el calor de las de otros tiempos. Entre este matrimonio, á los seis meses de haberse casado, prin-

cipió á abrirse un foso más y más profundo cada día. La confianza dejó de existir; cada uno de ellos había producido al otro una de esas heridas que no sangran, pero que se enconan y gangrenan cada vez más, por lo mismo que llegan á las fibras más delicadas del corazón. A pesar del cariño que aun le tenía, Adriana no perdonaba á Francisco el que hubiese menguado en afecto hacia ella; Pommeret notaba el cambio de su esposa y se sentía humillado y exasperado interiormente.

Las relaciones conyugales entraron en una nueva fase. La intimidad entre los esposos sufrió alzas y bajas: unas veces fué afectuosísima, otras violentamente borrascosa. En vano, en las horas de bonanza, se esforzaban por dar al olvido los agravios recíprocos; siempre les quedaban resquemores ocultos y misteriosos pensamientos que quitaban sinceridad á sus expansiones. Adriana sospechaba que Francisco la quería menos por encontrarla vieja, y Francisco imaginaba que su mujer debía reprocharle mentalmente el haberse casado por interés. En ocasiones se miraban fijamente como queriendo descubrir lo que cada uno pensaba del otro, y esta preocupación los cohibía y los separaba más

y más. En su trato conyugal había algo que sonaba tristemente, como un resorte que se ha roto. Lo advertían, se disgustaban, y de nuevo cambiaban palabras amargas.

Adriana, más interesada afectivamente en el asunto, sufría más las consecuencias del desastre. Su carácter ardoroso y reservado la predisponía por manera más especial á padecer los engaños amorosos. Por orgullo se esforzaba en no dejar ver la pena que la consumía, y semejante esfuerzo influía perniciosamente sobre su temperamento nervioso. Poco á poco su salud se alteró.

Una enfermedad obscura, pérfida, que ataca insidiosamente los órganos más delicados de la mujer, y que por lo general obedece á violentos trastornos de carácter moral, comenzó á desarrollarse en Adriana. El médico de Langres, después de celebrar consulta con el de Rouelles, describió á Francisco la dolencia de su esposa, le citó doctoralmente un viejo aforismo de Hipócrates, adecuado al caso, y le encargó mucho que se evitasen á la señora de Pommeret las emociones desagradables y que se cuidasen mucho los nervios, que estaban « á flor de piel ».

Desde que la enferma conoció la afección que sufría, se entristeció más. Se le figuró que sus

achagues la iban á envejecer, y á aumentar, por lo tanto, el desvío de Francisco. Y como uno de los síntomas de esta dolencia consiste en exagerar desproporcionadamente las contrariedades por pequeñas que sean, la pobre mujer cayó en un acceso de negra melancolía que ensombreció más de lo que ya estaba la casa de Rouelles. Es de justicia consignar que Francisco Pommeret se condujo en esta ocasion como marido solícito y abnegado. Ya fuese por remordimientos de conciencia, ya por generosidad, lo cierto es que se esforzó por lograr que Adriana olvidase las horas tempestuosas que habían turbado la serenidad de su vida íntima. En lo sucesivo no tuvo que inventar pretextos para desertar del dormitorio conyugal; la señora de Pommeret le exigió que ocupase un lecho en la habitación inmediata. Cual si quisiera compensarle este sacrificio, el joven la rodeaba de asíduos cuidados y de distracciones durante el día. Unas veces la entretenía leyéndole novelas, otras sentándose al piano, y cuando, en Mayo, volvió el buen tiempo, la llevó á pasear, por los verdeantes caminos del bosque de Montavoir, en un carruaje comodísimo que trajeron de Dijón.

A pesar de todos los cuidados, la salud de

Adriana no se restablecía. Celebróse nueva consulta y los médicos opinaron que, á fines de Junio, la señora de Pommeret debía ir á las aguas de Plombières, sometiéndose á un tratamiento que indudablemente le produciría buenos resultados. La enferma se aferró con júbilo á la esperanza que le daban y se ocupó con gran animación en los preparativos para el viaje. Francisco, desde el primer momento, manifestó que acompañaría á su mujer á los Vosgos, pero ésta se opuso resueltamente al deseo de su marido.

— No, querido — le dijo — te lo agradezco, pero ya tengo edad suficiente para viajar sola, y además, estoy acostumbrada á manejarme sin auxilio ajeno... Me llevaré á mi doncella, y, si necesito compañía más alegre, escribiré al Sagrado Corazón para que me manden á Montaraz... Tú, debes quedarte en Rouelles. Piensa que voy á estar en el balneario dos temporadas de aguas, y que nos encontramos precisamente en el momento de la recolección; necesito que me reemplaces en la tarea de vigilar á nuestros segadores de la Mancienne. Y — añadió, estrechándole las manos, — en mi decisión hay mucho de coquetería... ¿Para qué hacerte testigo de las miseriucas fisiológicas de una enferma que toma aguas medicinales?...

Esto me despoetizaría mucho. No quiero que presencias los enojosos detalles del tratamiento que ha de restablecerme; prefiero que me veas volver fuerte y sana, sorprendiéndote con mi aspecto saludable y floreciente... Así, pues, quedamos conformes en que á tu cargo queda el cuidado de la casa y de las haciendas; no me contraría que me echés algo de menos; eso entra en mis cálculos...

Después de haber insistido infructuosamente, Francisco se resignó. Acompañó á su mujer hasta Langres, la instaló cómodamente en el tren que debía conducirla hasta Aillevillers-Plombières, y, tras muchas recomendaciones y tras no pocos abrazos cariñosos, vió salir el tren, tomó otra vez el carruaje y regresó á comer en Rouelles.

Cuando á la mañana siguiente despertó y se encontró solo en la casa, tan grande como silenciosa, creyó, durante un momento, que había vuelto á ser soltero. Experimentaba interiormente confusa alegría, cuyas causas no consideró oportuno investigar. Se levantó, almorzó rápidamente, para no mostrar ante los criados aquel júbilo extemporáneo que sentía, y se apresuró á salir al campo. Paseó por el bosque con la presteza de un colegial que está de vacaciones, que se vé libre del freno,

y que puede distraerse á sus anchas, sin la perspectiva antipática de la vuelta al colegio y de la continuación de los estudios. Silbaban los mirlos en los zarzales y de los rasos soleados surgía exquisito olor á fresas... ¡Es muy agradable vivir! Al día siguiente prolongó el paseo hasta la Mancienne, visitó á los segadores en el prado, bromeó con las espigadoras, y volvió al castillo con excelente apetito. Dos cartas le aguardaban: una, fechada en Plombières, le daba cuenta de la llegada y de la instalación de Adriana; la otra, adornada en un ángulo, con un corazón inflamado y rematado por una cruz, procedía del Colegio del Sagrado Corazón, de Dijón, y estaba llena de garrapatos zigzagueantes como notas musicales. Montaraz le escribía en los términos siguientes:

« He titubeado mucho, no sabiendo si debía empezar esta carta diciéndote « querido padrecito » ó « muy señor mío »; lo primero lo hubieras juzgado excesivamente familiar, y lo segundo se me antoja demasiado ceremonioso; en la duda, no empleo lo uno ni lo otro. He sabido por mi madre que te habías quedado solo en Rouelles, y como he supuesto que debes estar *enormemente* aburrido, la presente no tiene otro objeto que el de

distraerte. Te escribo de tapadillo y confío la carta á una compañera que mañana sale definitivamente del Colegio... ¡vaya una niña con suerte!... Deseo demostrarte que no te guardo rencor y que me acuerdo de ti. Cuando vayas al bosque, si pasas por la « corta » de Fays, saluda de mi parte á nuestros amigos los zuequeros... ¡Ah! ¡Otro encarguito! Ten la bondad de subir á mi cuarto y de registrar el cajón alto de mi cómoda; allí encontrarás un libro con cubierta azul: la *Historia de la bella Melusina*; te ruego lo devuelvas al colono de la granja de Crilley, que me lo prestó. Y nada más; beso la mano que mordí, y te saludo con todo respeto,

Dionisia ».

Francisco encontró la carta impertinente é impropia. Sin embargo, pensó en ella durante la velada, y recordó á la alumna del Sagrado Corazón. Montaraz le resultaba un carácter tan indescifrable como sus garrapateos epistolares. ¿Eran premeditadas sus audaces inconveniencias ó eran producto de ingenuidad temeraria é inconsciente?.. De cualquier modo, aquella criatura era peligrosa, y Francisco se felicitaba por tenerla lejos de Rouelles. Encendió desdeñosamente un cigarro con la carta de la jovencita, y se acostó. Pero, á la

mañana siguiente, al levantarse, lo primero que hizo fue tomar la llave de la habitación que abría frente á su gabinete de trabajo, y, por vez primera, entró en el cuarto reservado á Dionisia.

El interior de la estancia se hallaba en armonía con las *toilettes* extravagantes y con las costumbres excéntricas de su dueña. El balcón tenía vistas al bosque. Las paredes estaban llenas de cromos chillones representando á *Damón y Enriqueta*, á *Pyramo y Thisbe*, á *Las vírgenes sabias y las vírgenes necias*, etc. Sobre la chimenea, una colección de objetos rústicos, pregonaba las aficiones campestres y delataba las correrías y vagabundeos de la muchacha: nidos de urracas, panales de avispas, cuernos de ciervo, petrificaciones extrañas, agallas de todos tamaños y formas, cuarzos multicolores, mariposas amarillas estriadas de negro con grandes alas puntiagudas, collares de bayas de brusco, rojas como corales. En medio de estas chucherías que evocaban el recuerdo de los *fetiches* de una gruta salvaje, el lecho de madera con colgaduras de blanca muselina, tenía aire virginal. Francisco abrió el cajón que en la carta se le indicaba. Penetrante olor femenino, mezclado con perfume de menta y de meliloto, surgió de aquel compartimiento, en el cual reinaba desorden

característico: lazos de terciopelo ajados, horquillas y peinecillos, guantes viejos, libros faltos de hojas, camisetas desgarradas, blusas llenas de manchas de fruta... todo esto se amontonaba y se confundía. Mientras revolvía y registraba buscando la *Historia de la bella Melusina*, tropezó con un pañuelo de batista, manchado de sangre, y creyó conocerlo. El recuerdo de la lucha sostenida junto á la « corta » de Fays, se le subió á la cabeza con los perfumes del cajón; tomó el libro de la « Biblioteca Azul » y abandonó la estancia.

La carta de la víspera y el vistazo dado á los rincones íntimos de aquella habitación, le traían al pensamiento y á la retina la figura original é inquietante de Dionisia, con sus bizarrías de pillete, con sus ondulaciones felinas, con sus pupilas fosforescentes. La imagen de la muchacha lo seguía por todas partes y acudía sin evocarla, como esos estribillos de canciones viejas que se oyeron en tiempos pasados y sin saber por qué asoman á los labios con frecuencia tenaz, desesperante. Procurando desimpresionarse, se ocupaba en los negocios ó escribía á Adriana; pero en cuanto salía al campo, en cuanto ponía el pie en el bosque, surgía como compañero inseparable el recuerdo de Montaraz.

El tiempo parecía hallarse en connivencia con esta obsesión para turbarlo física y moralmente. El verano se hallaba en la plenitud; el bosque, en toda su florida magnificencia. Por doquiera, susurros de vegetaciones frondosas, florescencias de colores deslumbrantes y perfumes de madre-selvas y de mastranzos. En la espesura, las palomas torcaes se arrullaban amorosamente, y aquel arrullo suave y acariciador encontraba eco en el pecho de Francisco. Volvía al castillo de noche, aturdido, fatigado, pero poseído por enervamiento que le impedía dormir.

Así transcurrieron dos semanas. Una noche, al concluir de comer, tumbado en la butaca, se entretenía contemplando, por el balcón abierto, el parpadear de las estrellas en el firmamento, cuando escuchó rodar de un carruaje en el camino; alabadas en la puerta de la casa, y murmullo de voces en el vestíbulo. Al ponerse de pie para ir á averiguar lo que ocurría, se abrió la puerta y se presentó la cocinera desconcertada.

— ¿Qué sucede? — preguntó Francisco, con impaciencia.

— Señor, que acaba de llegar la señorita Dionisia.

— ¡Yo misma! — gritó una voz aguda, á tiempo

que la cocinera se apartaba para dejar paso á Montaraz.

— ¿Tú?

Francisco no creía lo que estaba viendo. Había levantado la pantalla de la lámpara y contemplaba estupefacto á Dionisia, que se erguía frente á él, cruzada de brazos. ¡Qué cambio tan portentoso el operado!... Ocho meses bastaron para realizar esa metamorfosis maravillosa que se efectúa en las jóvenes entre los diez y seis y los diez y ocho años. En vez de la adolescente desgaviluchada que se marchó de Rouelles en Noviembre, Pommeret se encontraba con una joven alta, esbelta, guapa y admirablemente formada. La espalda había ensanchado, los brazos se redondearon, el pecho se desarrolló llenando la blusa del vestido de alepín negro, las irregularidades de las facciones se atenuaron, el cutis tenía blancura deslumbrante, la opulenta cabellera rubioencendida se oscureció ligeramente, y, peinada en moño bajo, parecía como que hacía echar hacia atrás aquella carita resplandeciente de juventud, en la cual florecían los rojos labios entreabiertos con sonrisa retardora, y temblaban las palpitantes ventanillas de la nariz y relampagueaban las rutilantes pupilas.

— ¿Tú? — repitió Francisco, aturdido y maravillado.

— ¡Yo misma! — contestó Dionisia, con tranquilidad afectada, desmentida por el temblor de su voz vibrante. — Me moría de fastidio en el Colegio, y he conseguido que me expulsen; ni siquiera han querido tenerme allí hasta que regresara mi madre.

— ¿Y has venido sola? — preguntó severamente Pommeret.

— ¡Bah! Tranquilízate! — respondió burlonamente la joven. — Me ha acompañado una Hermana lega, que trae para ti carta de la Superiora... A propósito: la Hermanita está en el vestíbulo y creo que debías decir que le sirviesen la comida... ¡Bien se la ha ganado!